

METROID

El asalto a Mundo Agrícola

Escrito por

Jesús José Camacho Lucas-Torres

@chexual



capítulo ocho

AVISO +18

Esta lectura contiene lenguaje explícito y escenas que podrían herir su sensibilidad.

ANTES DE EMPEZAR

Las páginas que se dispone a leer deben considerarse un ejercicio creativo en clave de novela motivado por ningún otro interés que la creación en sí. Se basan en la saga de videojuegos Metroid, cuyos derechos pertenecen a Nintendo. Para su confección se han tenido en cuenta recursos tanto de los juegos como de otras obras de arte canónicas y no canónicas.

sigue al autor en sus redes sociales para estar al tanto de las últimas novedades
@chexual

METROID

El asalto a Mundo Agrícola

Jesús José Camacho Lucas-Torres

Un escritor no es nada sin sus lectores. Si has disfrutado de esta lectura, recomiéndala. Pásasela a un amigo, compártela en tus redes sociales o cuéntame qué te ha parecido, seguro que tienes muchas cosas que decir. Ayuda a que esta comunidad crezca y permanece al tanto de todas las novedades en **@chexual**.

Sobre el generador se elevó una vasta columna de humo, oscura y densa, que fue visible desde el rancho Pierce y sus fincas vecinas hasta las pedanías de Cabañal o Sace más cercanas a la isla de Balfour. Desacostumbrados como estaban los agricultores a ver nubes, menos aún cielos encapotados como aquel, mucha gente salió a la calle a contemplar el fenómeno. La explosión hizo que en el campo los jornaleros levantaran la vista, permitiéndoles tomarse un respiro durante unos minutos con las herramientas descansando en el suelo, y que los bryyo'maks respetuosos de las antiguas costumbres hincasen la rodilla en actitud contemplativa, alabando el fuego con sus cuatro brazos. Antes de que nadie pensase en la vida de los trabajadores y cundiese el pánico, su muerte se convirtió en un espectáculo.

El hijo menor de Jack estaba en Las Charcas ajeno a todo, intentando recuperar el aliento apoyado en el tronco de un granado joven, no muy alto, pero con una copa espesa que rebosaba hojas brillantes. Florecería pronto.

Los pasos que les habían llevado hasta allí todavía retumbaban en su cabeza, donde el flujo de la sangre arrastraba también el latido de su corazón. Hurgó en su mochila y suspiró aliviado al notar el gélido saludo del acero. Respiraciones cortas y rápidas, alerta. Se pasó el antebrazo por la frente. Debía darse prisa. Se habían saltado el colegio, y después del jaleo que montaron en los establos todo el rancho andaría tras su pista.

Llevaba una camisa de cuadros mostaza con líneas en azul marino a medio abrochar, pantalones resistentes y unas buenas botas. En el costado izquierdo, el sudor que cercaba su axila se mezclaba con una enorme

mancha oscura que crecía por momentos. Se abrió los últimos botones y sacó de su refugio el huevo de cleoptra que había robado. Aquellos animales lo fascinaron desde que tenía memoria, le costaba creer que, con su descomunal tamaño y esas placas que los blindaban, pudieran reproducirse de una forma tan frágil. Los huevos eran grandes y largos, ovalados, aunque cuando la eclosión está próxima aparecen tan deformados que podrían considerarse casi cilíndricos. El embrión apenas estaba protegido por una membrana. La superficie era amarillenta y translúcida, muy suave al tacto. Solía notarse pegajosa porque las madres secretaban una sustancia antifúngica con la que la lamían para protegerla de los hongos y favorecer que su puesta permaneciese unida, pero el contacto con su ropa la había resecado y ahora estaba ligeramente rugosa.

Su primo Lisias, de pie a su lado, se apoyaba en las rodillas sin resuello. No se movía excepto para lo que le era imprescindible, y esa mañana habían corrido por lo menos media hora para esconderse en los granados, donde con toda probabilidad nadie se acercaría. Sudaba como un cerdo, y cada pocos segundos se limpiaba la cara con el ribete de su camiseta. Quiso decir algo acerca del huevo, pero en lugar de eso, roncó, incapaz de hacerse dueño de su respiración, y el sonido le hizo tanta gracia que empezó a reírse, atragantándose en cada inspiración hasta que su diafragma lo solucionó con un ataque de hipo.

— Qué fuerte, tío.- le dijo cuando por fin fue capaz.- Esa cosa casi te mata.

— Eso te habrá parecido, pero los bichos me tienen mucho cariño. Nadie los cuida como yo.

— No importa, hoy no llegarás vivo a la cama. ¿Sabes cuánto cuesta una cría de cleoptra? Tu padre te va a matar.

— Mi padre no va a enterarse, porque para eso hemos evitado que nos viesen. Y tú no vas a decir nada.

— ¿Yo? No, tío, qué dices, pero ¿y cuándo encuentren el huevo? Alguien dirá algo.

— ¿Esto? Si se pudre en dos días... lo enterramos un poco y nos olvidamos.

— Tú sabrás.

— Eso es.

— ¿Puedo cogerlo?

— Claro.- lo cogió con ambas manos y se lo tendió. Lisias se limpió la nariz antes de cogerlo.- Como se te caiga, te mato.

— Sí, sí...

— Hablo en serio.

Le contestó con una mueca, sin mirarlo realmente. Tenía el huevo en brazos y lo miraba al trasluz. La larva se distinguía bien, sin muchos detalles.

Era una masa amorfa de patas. James aprovechó para sacar sus herramientas de la mochila. No eran gran cosa. Llevó una plancha hecha con hojas de peiratis prensadas, una planta nativa de K2L con el característico tono azulado de la vegetación de la colonia. La puso en el suelo y, sobre ella, una cuchara, un cúter y pinzas. También había llevado bolsitas por si quería tomar alguna muestra para verla más tarde en el microscopio que tenía en su dormitorio.

— Es una pasada.

— Y que lo digas.

— ¿Sabes que nunca había tocado uno?

— Qué dices, ¿mi padre nunca te ha obligado a limpiar los establos o algo así?

— No. Quiso llevarme a dar una vuelta una vez, pero mi madre no me dejó. Está muy acojonada desde lo de mi padre.

El padre de Lisias, Matthew Cook, murió cuando él tenía cinco años. Jack y él eran buenos amigos y a menudo trabajaban juntos. Un día, mientras intentaban extraer las glándulas venenosas de los adultos jóvenes antes de prepararlos para montar, uno de ellos se escapó. No habían podido sedarlo. Matthew fue tras él y lo acorraló en una esquina del establo. Levantó las patas traseras, amenazadoras, pero cuando quiso esquivarlas, se lanzó a por él con la cabeza. La juventud del espécimen evitó que una sola mordedura pudiese arrancarle la pierna, pero la contracción de los músculos al atacarle inyectó el veneno a través de los colmillos. Lo sacaron de allí y llamaron al médico del rancho, que lo derivó al hospital de Artiga tras administrarle un antídoto que no fue suficiente. Sufrió un paro cardíaco antes de llegar a la ciudad.

— Supongo que es normal, pero tendrá que acostumbrarse a esas cosas. No puede mantenerte lejos de las cleoptras toda la vida, y menos aún viviendo aquí.

— Creo que ese es justo su plan. Martin dice que en cuanto tenga unos años más va a encerrarme en la oficina hasta que salga con el trabajo aprendido.

— Te pega ser oficinista.- dijo, aunque no lo creía en realidad. Si tuviesen ese plan para alguien, sería para él. Prefirió no decírselo, Lisias se quejaba a menudo de que los comparaban demasiado y siempre salía perdiendo, si se le terciaba mosquearse tendría que gestionar demasiadas emociones para el poco tiempo que tenían. Le costaba entender las luchas que emprendía su primo contra sí mismo cuando lo herían en el orgullo porque la naturaleza de cada uno es única, así que el complejo de inferioridad solo puede ser una distracción, una expresión de mediocres y poetas. Lisias nunca haría nada importante, no hacía falta conocerlo mucho para darse cuenta. Sentía, pensaba y actuaba bajo los dictados de su mediocridad, y gastaría su vida pensando en lo que no es capaz de conseguir

ni consiguió en lugar de en fortalecer sus habilidades para hacer con ellas lo inimaginable, porque siempre encontraría a alguien que lo hiciese mejor. Y sí, quizá algún día fuese oficinista, incluso puede que algún día gobernase el rancho, pero nunca podría sacudirse la mediocridad de encima.- ¿Me devuelves el huevo?

— Sí, toma.- Lisias sonrió con cariño y lo dejó con cuidado en la plancha. Luego, cogió la cuchara y se la acercó a la cara para examinarla.- ¿Y qué vas a hacer con esto? ¿Vamos a comernos al bicho?

— No sé.

James se cruzó de piernas y apoyó en su rodilla un cuaderno de tapas de cartón y hojas a cuadros con una goma elástica que sujetaba un lapicero con minas de grafito. Su primo se burló de él, y con razón. Era anacrónico, lo sabía, mucho menos práctico que usar la pulsera o una tableta, pero él detestaba dibujar así. Además, le gustaba su cuaderno. Se lo había regalado su madre, la única persona a la que conocía que todavía usase el papel para escribir. Resultaba muy caro.

Buscó las últimas páginas que había rellenado. Había varios dibujos de la cleoptra echa un ovillo, guardando la masa de huevos con sus patas. También tenía dibujos de los nidos que construían, oquedades amplias pero no muy profundas en la tierra, donde había más humedad. Era fácil acceder a ellas. Los establos solían construirse sobre cimientos con paneles de acero para evitar que se escapasen cavando después de la eclosión. Luego aseguró el huevo para que no se moviese, y cogió el cuchillo. Parecía que Lisias hubiese estado esperando ese momento.

— ¡Eh! ¿Me dejas abrirlo a mí?

— No.

— Venga, James, ¿qué más te da?

— No, Lisias, ya lo has cogido un rato que es más de lo que te dije que harías. A partir de ahora, solo mirar.

Le sorprendió la resistencia que opuso cuando intentó clavar el cuchillo, era más duro de lo que parecía. Apoyó el filo cerca del centro del huevo, y lo deslizó suavemente siguiendo su eje. No consiguió abrirlo, pero rasgó la cáscara. Separó con los dedos los planos de la incisión y observó que el cuchillo había arrastrado restos que se habían acumulado en la comisura. Eran sólidos, cerosos. Tomó nota y repitió la operación, esta vez clavando la punta. Un fluido gelatinoso salpicó sin demasiada fuerza y resbaló hasta la plancha. Lisias arrugó la nariz, se apartó, y boqueó fingiendo repulsión cuando en realidad estaba disfrutando del gore. Era un morboso.

— Ugh, tío, qué asco. Qué fuerte.

El cuchillo se movía ahora casi sin ningún esfuerzo. En cuanto la hendidura fue lo suficientemente ancha, la cabeza de la larva resbaló sobre ella y quedó colgando, inerte. James apartó la mano, sobresaltado, y ahogó un jadeo mientras su primo lo espoleaba y hacía muecas. Le dio la sensación

de que la cleoptra se había sacudido para salir, y por un instante se planteó si debería seguir. No contó con que la cría pudiese sobrevivir de forma tan prematura. Apretó los puños y se puso nervioso. Le pareció oír voces. Apartó su cuaderno y se puso de rodillas.

— ¿No vas a dibujar nada?

— No. Todo lo que quiero ver, lo he visto ya en la pulsera. Tengo muy buena memoria, tomaré notas después.

— ¿Y para eso has montado todo este rollo? ¿Para que tengamos que robar otro huevo en tres meses para que completes tu investigación?

— No te rías de mí, Lisias, dibujar no es primordial. Lo que yo quiero es verlo, verlo de verdad. Es demasiado importante, tengo que hacerlo bien.

Necesitaba concentrarse, no podía dejar que las dudas lo paralizaran. Las cleoptras eran fascinantes, pero solo eran bichos. Tenía que verlo.

— Esto no es importante, tío, es asqueroso.

— Vete a la mierda, idiota.

— Qué mayor.

James cerró los ojos y metió la mano en el huevo. Enseguida notó las patas a su alrededor, rozando su piel según profundizaba, sumergiéndose guiadas por su movimiento. Muertas. Su cuerpo era tan ancho como la palma de su mano. La cogió y tiró de ella hasta sacarla del huevo y extenderla en su improvisada mesa. Cuando volvió a abrirlos, su decepción fue evidente. Era un individuo demasiado joven.

Escuchó gritos lejanos, tenues pero inconfundibles. Intentó ignorarlos.

— ¿Has oído eso?

— No.

— Sí, he oído tu nombre. ¿Nos estarán buscando?

Lisias miró en todas direcciones, de puntillas, con la mano en la frente. Los rodeaban centenares de árboles, no veía a nadie a no ser que estuvieran a pocas hileras de ellos.

— Sin duda, pero no he oído nada.- contestó James mientras examinaba la cáscara vacía por dentro.

— Creo que era Solomon.

— Genial, si nos encuentran, nadie mejor que él. Suelo caerle bien cuando le cuento por qué hago estas cosas.

James estiró la cleoptra tanto como pudo. Tuvo que manipular sus antenas, que eran largas y delgadas y estaban enroscadas la una a la otra. Debía medir treinta centímetros sin contar las antenas, cuando lo normal era que nacieran con entre cuarenta y cincuenta, y lejos de mostrar el característico color metálico de los adultos, sus tergos eran mantecosos, más pálidos que la propia cáscara del huevo. Las maxilas estaban desarrolladas y bien diferenciadas, pero los ocelos eran solo esbozos de

puntos negros sobre la base de las antenas, ni siquiera parecían un único órgano.

Su primo lo zarandeó, apremiante.

— Escucha, huele a humo, y creo que puedo verlo por allí.

Molesto, James siguió la dirección que marcaba su primo.

— ¿Por la Noria?

— No, si fuese en la Noria del Tuerto se vería sin problemas, tiene que ser más arriba, por el Cerro Lobero.

— Sí, claro, o en el polo.

— Hablo en serio, James, algo pasa.

— Déjame ya, Lisias, yo no veo nada.

Se sentía acorralado. Le dio la vuelta a la larva y con un golpe seco del cuchillo le cortó la cabeza. Notaba el corazón en la sien. Cogió aire y le olió a humo, seguramente un espejismo, sugestión. El segmento inmediatamente posterior a la cabeza era de gran importancia. Abrió al animal en canal hasta el séptimo segmento, la sangre se mezcló con el resto de fluidos en las mangas de su camisa. Todo se tiñó de rojo y James perdió de vista el esófago, al que había seguido con la intención de ver la molleja de la cleoptra. Podía ver con todo detalle las imágenes anatómicas en su mente, pero no encontraba ninguna estructura en aquel amasijo de vísceras. La frustración le pudo, quiso romper a gritar.

— ¡James, escucha!

Su primo lo cogió por el hombro y volvió a zarandearlo.

— ¡Te he dicho que me dejes!

Agarró la cría decapitada y la tiró, nublado por la cólera, a la cara de su primo. En cuanto cayó al suelo, su cuerpo su contrajo presa de una arcada. Trastabilló hasta un granado, y vomitó apoyado en su tronco.

— ¡Qué asco!- se limpió como pudo y se giró hacia James.- ¡Eres insoportable cuando te pones en plan cerebritito! ¡Joder, idiota! Crees que haciendo estas tonterías acabarás convirtiéndote en un científico importante, pero lo más seguro que es que acabes conmigo en la oficina. ¡Imbécil!

— ¡Solo necesitaba tiempo, y ahora mira, ya no puedo usar eso para nada!

— ¿Y qué, es culpa mía?

— No, la culpa es mía, por pedirte que vinieras conmigo.

— ¡Todo lo que haya que saber de las cleoptras ya se sabe, llevan aquí siglos!

— ¡Necesitaba verlo!

— ¡Estás loco! Nos están buscando, ¿cómo no te das cuenta?

Lisias se lanzó contra él a plomo, lo cogió por el brazo derecho y se tumbó con todo su peso sobre su espalda. Luego le tapó la boca y,

exhortándole a permanecer callado, pero sin soltarle el brazo, le pidió que escuchase. Se oían sonidos sordos muy distantes, explosivos, un ruido de fondo similar a un rugido y, alto y claro entre ellos, la voz de Solomon gritando sus nombres.

— ¡Mierda!- se retorció intentando sacudirse de encima a su primo, pero ni siquiera pudo hacerle perder el equilibrio.- ¡Quita de encima, Lisias!

— Tenemos que llamarle, ¿y si hay un incendio?

— ¿Crees que nos busca porque hay un incendio en el Cerro Lobero? ¿Cuándo en tu vida has visto fuego aquí, idiota? Viene porque hemos robado el huevo y hemos vuelto locas a las malditas cleoptras.

— Te cubrirá, ya lo verás.

— ¡No quiero que se entere, Lisias!

— Eres un crío, James.

— ¿Y qué eres tú? ¡Déjame al menos que la esconda!

Lo soltó. Se puso en pie de un salto y corrió a deshacerse de la larva y el huevo.

— ¡Solomon! ¡Estamos aquí!

— ¡Lisias!- contestó su hermano. Se escuchaba cerca, pero no conseguía verlo.- ¿Dónde estáis? ¿Estás con James?

Su primo siguió chillando. Él se ocultó tras uno de los árboles y, con el pie, retiró a patadas algo de tierra de entre sus raíces. Cuando quedaron a la vista, se agachó y usó las manos. Apenas pudo cavar. Metió el cuerpo en la cáscara con las patas sobresaliendo por la fisura, y la cáscara en el ridículo agujero que había hecho. Luego le echó la tierra que había retirado por encima, y la pisó varias veces porque quedaron sin enterrar muchas de sus extremidades. Estaba a punto de echarse a llorar.

Una nave descomunal atravesó el cielo a toda velocidad, sin reparar en ellos. Lisias se acercó a él, despacio, el rostro desencajado y el miedo asomando a sus ojos. También quería llorar.

— ¿Qué es eso, tío?

— No lo sé.

Nunca, ni siquiera en uno de los grandes puertos del planeta, habían visto una nave como esa. Parecía estar hecha de piedra, sin cabina ni motores, con el aspecto de una oruga. En el casco se balanceaba un amenazador cañón tribanda, y sus puertas estaban abiertas. Vieron saltar a varias personas, no muy lejos de allí. Antes de tocar el suelo, apuntaron sus armas a los granados y dispararon contra ellos una vaharada de fuego que los hizo desaparecer en una nube de espeso humo blanco.

— Tenemos que irnos con tu hermano, James. Ahora mismo.

Asintió, sin acertar a decir ninguna palabra. Metió su cuaderno en la mochila, y echó a correr detrás de Lisias, con el cuchillo en la mano.

— ¡Solomon!- gritó, lo más fuerte que pudo.- ¡Estamos volviendo al rancho!

— ¿Dónde estáis? ¡Llegaremos antes en mi cleoptra!

— ¡Estamos en la fila de la roca roja, justo donde te caíste el año pasado y te partiste los dientes! ¡Date prisa, hay gente quemando los árboles!

— ¡Os encontraré, vosotros seguid corriendo!

Las piedras se les clavaban en los pies, y cada paso resonaba como una tormenta. Los jadeos de Lisias se convirtieron en un acceso de tos que le obligó a parar. James siguió corriendo, confiando en que lo seguiría cuando se recuperase, hasta que lo escuchó gritar. Se giró y lo vio huir hacia la izquierda, perseguido por un enorme extraterrestre. No tuvo que pensar mucho para reconocerlo, su imagen se podía encontrar en todos los libros de historia del planeta. Era un pirata.

James se quedó petrificado, atenazado por el miedo y el deber. Levantó el arma, tuvo el impulso de correr tras ellos, pero sus piernas no le obedecieron y se cayó después de dar un par de pasos torpes. De repente, el mundo a su alrededor se enturbió y solo hubo espacio para los alaridos desgarradores de Lisias en medio del sofocante resplandor que despedía el lanzallamas del pirata. Se sintió flotar, levantarse del suelo empujado por una fuerza desconocida. Vio los guijarros del suelo distorsionarse, las malas hierbas inclinarse a su paso. Notó un abrazo cálido, unos brazos fuertes, una presencia segura, y una voz que se hacía hueco entre el caos.

— Ya está, James.- un beso en su cabeza que apenas pudo notar.- Tranquilo, nos vamos ya. ¿Estás bien? Tranquilo.

Su hermano lo había recogido sin detener su montura. Lo colocó contra su pecho y lo sujetaba con un brazo, mientras con el otro azuzaba a la cleoptra. El animal, un macho negro poderoso e inteligente, impetuoso, adoraba a Solomon. Lo montaba desde que tenía dieciséis años. Se movía con una rapidez pasmosa. En tan solo un instante, se levantó dejándolos a ellos cabeza abajo, y se dejó caer sobre el pirata que atacó a Lisias. Solomon ya había descabalgado mientras la cleoptra retorció las maxilas en torno al busto del fómido, que había perdido el arma y la golpeaba en balde con una cuchilla.

— Mierda, joder, Lisias...- James solo alcanzó a ver cómo Solomon se quitaba la ropa y golpeaba con ella a su primo, que se retorció en el suelo entre alaridos de dolor. Luego, lo arrojó con su camisa y volvió a la cleoptra con él en brazos.- No mires, James.- le ordenó.- Ponte detrás de mí.

Se apartó para hacer hueco a su hermano. En cuanto montó, lo abrazó con fuerza.

— ¿Está bien Lisias?

— Sí.- contestó su hermano, seco, sin entrar en detalles.- No te preocupes.

Volvieron a ponerse en marcha, huyendo hacia el rancho.

— ¿Qué pasa?- preguntó, alzando la voz para hacerse oír por encima del galope del animal.

— No estoy seguro.- contestó.- Pero algo malo. Te voy a llevar a casa, ¿vale? No sé qué va a pasar, pero tendrás que ser fuerte. Va a ser un día duro. No protestes, ni preguntes, ni estorbes. Nadie sabe nada, James, y hasta que esto acabe tendrá que ser así.

— Pero, ¿qué ha pasado? ¿Es por las cleoptras?

— No.

James estaba muy confundido, y Solomon le estaba mintiendo con un paternalismo que no era nada común en él.

— Entonces... ¿Lisias está bien?

La solemnidad con que Solomon guardó silencio solidificó en su pecho, asfixiándolo. No lo pudo soportar. Con la mirada aplastada contra la espalda de su hermano, James cerró los ojos. Apretando los brazos en torno a su costado, abrió la boca. Sus miembros entumecidos le devolvieron un latigazo que abrió camino a través de sus músculos para que los recorriese un hormigueo enfermizo que no tardó en convertirse en un temblor incontrolable. Se abandonó por completo al pánico que lo había paralizado, y en la seguridad de la presencia de Solomon, rompió a llorar.

